

Textos teresianos

Vuestra soy, para vos nací

*Vuestra soy, para vos nací:
¿qué mandáis hacer de mí?*

Soberana Majestad,
eterna Sabiduría,
Bondad buena al alma mía;
Dios, Alteza, un Ser, Bondad:
la gran vileza mirad,
que hoy os canta amor así:
¿qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criastes,
vuestra, pues me redimistes
vuestra, pues que me sufristes,
vuestra, pues que me llamastes.
Vuestra, porque me esperastes,
vuestra, pues no me perdí:
¿que mandáis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce amor,
amor dulce, veisme aquí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma:
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición.
Dulce Esposo y Redención,
pues por vuestra me ofrecí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida;
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad;
dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida,

que a todo digo que sí:
¿qué queréis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme infierno o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo:
pues del todo me rendí,
¿qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración;
si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
sólo hallo paz aquí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
o, por amor, ignorancia;
dadme años de abundancia,
o de hambre y carestía.
Dad tiniebla o claro día,
revolvedme aquí y allí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando
quiero por amor holgar;
si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando:
decid dónde, cómo y cuándo,
decid dulce Amor, decid:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra abundosa;
sea Job en el dolor,
o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa,
o estéril, si cumple así:
¿qué mandáis hacer de mí?

Sea José puesto en cadena,
o de Egipto adelantado,
o David sufriendo pena,

o ya David encumbrado.
Sea Jonás anegado,
o libertado de allí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Haga fruto o no lo haga,
esté callando o hablando,
muéstreme la ley mi llaga,
goce de Evangelio blando;
esté penando o gozando,
sólo vos en mí vivid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, para vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

¡Oh Hermosura que excedéis!

¡Oh hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir, dolor hacéis,
y sin dolor, deshacéis
el amor de las criaturas.

¡ Oh ñudo que así juntáis
dos cosas tan desiguales,
no sé por qué os desatáis,
pues atado fuerza dais
a tener por bien los males!

Quien no tiene ser juntáis
con el Ser que no se acaba;
sin acabar acabáis,
sin tener que amar amáis
engrandecéis vuestra nada.

Búscate en mí

Alma, buscarte has en mí,
y a mí buscarte has en ti.

De tal suerte pudo amor,
alma, en mí te retratar,
que ningún sabio pintor

supiera con tal primor
tal imagen estampar.

Fuiste por amor criada
hermosa, bella y así
en mis entrañas pintada;
si te perdieras, mi amada,
alma, buscarte has en mí.

Que yo sé que te hallarás
en mi pecho retratada,
que si te ves, te holgarás,
viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
dónde me hallarás a mí,
no andes de aquí para allí.
Si no, si hallarme quisieres,
a mí buscarme has en ti.

Porque tú eres mi aposento,
eres mi casa y morada,
y así llamo en cualquier tiempo,
si hallo en tu pensamiento
estar la puerta cerrada.

Fuera de ti no hay buscarme,
porque para hallarme a mí
basta sólo llamarme;
que a ti iré sin tardarme,
y a mí buscarme has en ti.

A la exaltación de la Cruz

*En la cruz está la vida
y el consuelo,
y ella sola es el camino
para el cielo.*

En la cruz está el Señor
de cielo y tierra,
y el gozar de mucha paz,
aunque haya guerra.
Todos los males destierra
en este suelo:

*y ella sola es el camino
para el cielo.*

De la cruz dice la Esposa
a su Querido,
que es una palma preciosa
donde ha subido
Y su fruto le ha sabido
a Dios del cielo:
*y ella sola es el camino
para el cielo.*

Es una oliva preciosa
la santa cruz,
que con su aceite nos unta
y nos da luz.
Alma mía, toma la cruz
con gran consuelo:
*que ella sola es el camino
para el cielo.*

Es la cruz el árbol verde
y deseado
de la Esposa, que a su sombra
se ha sentado
para gozar de su Amado,
el rey del cielo:
*y ella sola es el camino
para el cielo.*

El alma que a Dios está
toda rendida,
y muy de veras del mundo
desasida,
la cruz le es “Árbol de Vida”
y de consuelo:
*y un camino deleitoso
para el cielo.*

Después que se puso en cruz
el Salvador,
en la cruz está la gloria,
y el honor;
y en el padecer dolor,
vida y consuelo,
y el camino más seguro

para el cielo.

Paciencia en las adversidades

Nada te turbe,
nada te espante;
todo se pasa,
Dios no se muda.
La paciencia
todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene
nada le falta.
Sólo Dios basta.

Coloquio de amor

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo;
decidme: ¿en qué me detengo?
o vos, ¿en qué os detenéis?
- Alma, ¿qué quieres de mí?
- Dios mío, no más que verte.
- ¿Y qué temes más de ti?
- Lo que más temo es perderte.

Un alma en Dios escondida,
¿qué tiene que desear,
sino amar y más amar,
y, en amor toda encendida,
tornarte de nuevo a amar?

Un amor que ocupe os pido,
Dios mío, mi alma [y] os tenga,
para hacer un dulce nido,
adonde más la convenga.

Mirar a Cristo

“Representad al mismo Señor junto con vos y mirad con qué amor y humildad os está enseñando; y creedme, mientras pudiereis, no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos, y El ve que lo hacéis con amor y que andáis procurando contentarle, no le podréis -como dicen- echar de vos; no os faltará para siempre; ayudaros ha en todos vuestros trabajos; tenerle heis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado?
(...)

No os pido ahora que penséis en El, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más de que le miréis. Pues ¿quién os quita volver los ojos del alma -aunque sea de presto, si no podéis más- a este Señor? (...) Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice a la esposa, sino que le miremos; como le quisierais, le hallaréis. Tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya. (...)

(Camino de perfección, 26, 1-5)

“Juntos andemos, Señor. Por donde fuereis, tengo de ir; por donde pasareis, tengo de pasar”

(Camino de Perfección, 26,6)

Cristo, amigo verdadero

Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir; es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero. Y veo yo claro -y he visto después- que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad Sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita (Mt 3,17). Muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el Señor. He visto que por esta puerta hemos de entrar si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

Así que vuestra merced, señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de la contemplación. Por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes; El lo enseñará. Mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí.

Miremos al glorioso San Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido, de algunos santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino.

(...) que en negocios y persecuciones y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud, y en tiempo de sequedades, es muy buen amigo Cristo, porque le miramos Hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía. Y habiendo costumbre, es muy fácil hallarle cabe sí, aunque veces vendrán en que lo uno ni lo otro no se pueda. Para esto es bien lo que ya he dicho: no nos mostrar a procurar consolaciones de espíritu, venga lo que viniere; abrazado con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolación; solo le dejaron en los trabajos; no le dejemos nosotros, que, para más subir, El nos dará mejor la mano”.

(Vida, 22, 6-7.10)

Poned los ojos en el Crucificado

Bien será, hermanas, deciros qué es el fin para que hace el Señor tantas mercedes en este mundo. Aunque en los efectos de ellas lo habréis entendido, si advertisteis en ello, os lo quiero tornar a decir aquí, porque no piense alguna que es para sólo regalar estas almas, que sería grande yerro; porque no nos puede su Majestad hacémosle mayor ¹ que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza (como aquí he dicho alguna vez) para poderle imitar en el mucho padecer.

Mirad que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer: poned los ojos en el Crucificado y todo se os hará poco; si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras?: hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la +, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como él lo fue, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced; y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo. Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas y esclava suya, mirando cómo o por dónde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hicieréis en este caso, hacéis más por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes que no se os caiga el castillo.

Torno a decir que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas siempre, os quedaréis enanas; y aun plega a Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, descrece; porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay.

Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar, y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir: deseemos y nos ocupemos en la oración; no queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que el que él fue y han ido todos sus santos; no nos pase por pensamiento; creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer (Mt 10, 38-39). ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben”

(*Las Moradas*, VII, 4, 4.8.9.12)

Eucaristía

“El habernos dado este pan sacratísimo para siempre, su Majestad nos dio el mantenimiento y maná de la humanidad; que le hallamos como queremos y que, si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre; que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en

¹ Mayor: se sobreentiende *regalo*

el Santísimo Sacramento sabor y consolación. No hay necesidad no trabajo ni persecución que no sea fácil de pasar, si comenzamos a gustar de los suyos. Y acabando de recibir al Señor, pues tenéis la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma y miraros al corazón; que yo os digo, y otra vez lo digo y muchas lo querría decir, que, si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgareis que no viene tan disfrazado, que, como he dicho, de muchas maneras no se dé a conocer conforme al deseo que tenemos de verle; tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo”

(Teresa de Jesús, *Camino de Perfección*, 34, 2.12)

Oración

“Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro bien y Señor, dentro de mí presente; y ésta era mi manera de oración: si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior [...].

Que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”

(*Vida*, 8, 5).

“No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced. Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar en cuanto pudiéramos no ofenderle y rogarle que vaya siempre adelante la honra de su Hijo y el aumento de la Iglesia católica. Estas son las señales del amor, y no penséis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que, si os divertís un poco, va todo perdido”

(*Las Moradas*, IV, 1, 7).

Diréis, hermanas, que cómo se podrá hacer esto, que si le vierais con los ojos del cuerpo el tiempo que su Majestad andaba en el mundo, que lo hicierais de buena gana y le mirarais siempre. No lo creáis, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza a recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí a este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantito cuidado) muy menos se pusiera al pie de la cruz con la Magdalena, que veía la muerte al ojo.

Lo que podéis hacer para ayuda de esto: procurad traer una imagen o retrato de este Señor que sea a vuestro gusto, para hablar muchas veces con él, que él os dará qué le decir. Como habláis con otras personas, ¿por qué os han más de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creáis; al menos yo no os creeré, si lo usáis; porque si no, el no tratar con una persona causa extrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella, que parece no la conocemos, y aun aunque sea deudo, porque deudo y amistad se pierde con la falta de comunicación.

También es gran remedio tomar un libro bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir a rezar bien vocalmente, y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificio para no la amedrentar.

Haced cuenta que ha muchos años que se ha ido de con su Esposo, y que hasta que quiera tornar a su casa es menester mucho saberlo negociar. Que así somos los pecadores: tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento a andar a su placer, o pesar, por

mejor decir, que la triste alma no se entiende; que para que torne a tomar amor a estar en su casa, es menester mucho artificio; y si no es así y poco a poco, nunca haremos nada.

Y tórnoos a certificar que, si con cuidado os acostumbráis a lo que he dicho, que sacaréis tan gran ganancia que, aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen Maestro, muy determinadas a deprender lo que os enseña, y su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará si no le dejáis. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo ver que su maestro le ama.

(Camino de Perfección, 26, 8-10)

“Siempre yo he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los evangelios que libros muy concertados. Allegada, pues, a este Maestro de la Sabiduría, quizá me enseñará alguna consideración que os contente”.

(Camino de Perfección, 26, 8-10)

“Nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente a Dios, y aun en las mismas ocupaciones retirarnos a nosotros mismos. Aunque sea por un momento solo, aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho. En fin, irnos acostumbrando a gustar de que no es menester dar voces para hablarle, porque su Majestad se dará a sentir cómo está allí.

(...) señorearse poco a poco de sí mismo, no perdiéndose en balde; sino ganarse a sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para lo interior. Si hablare, procurar acordarse que hay con quien hable dentro de sí mismo; si oyere, acordarse que ha de oír a quien más cerca le habla. En fin, traer cuenta que puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena compañía, y pesarle cuando mucho tiempo ha dejado solo a su Padre, que está necesitada de él. Si pudiere, muchas veces en el día; si no, sea pocas. Como lo acostumbrare, saldrá con ganancia, o presto o más tarde. Después que se lo dé el Señor, no lo trocaría por ningún tesoro”.

(Camino de Perfección, 29, 1-7)

Virtudes - actitudes

“Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración, y tan necesarias que, sin ser muy contemplativas, podrán estar muy adelante en el servicio del Señor; y es imposible, si no las tienen, ser muy contemplativas, y cuando pensaren lo son, están muy engañadas.

Solas tres me extenderé en declarar, porque importa mucho entendamos lo muy mucho que nos va en guardarlas para tener la paz que tanto nos encomendó el Señor, interior y exteriormente: la una es amor unas con otras; otra, desasimiento² de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que, aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas”

(Camino de Perfección, 4, 3-4)

² Este desasimiento se podría describir como una actitud de liberación frente a los apegos a las cosas y la dependencia de las personas.

El amor

“La intención esté firme, que no es nada delicado mi Dios: no mira en menudencias. Para tomarnos cuenta no es nada menudo, sino generoso, por grande que sea el alcance, tiene él en poco perdonarle. Para pagarnos es tan mirado, que no hayáis miedo que un alzar de ojos con acordarnos de él deje sin premio”.

(Camino de Perfección, 23,3)

“Sólo el Amor es el que da valor a todas las cosas, y que sea tan grande que ninguna le estorbe a amar, es lo más necesario”

(Exclamaciones, 5)

“Cuanto a la primera, que es amaros mucho unas a otras, va muy mucho; y si este mandamiento se guardase en el mundo como se ha de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar las demás; mas, más o menos, nunca acabamos de guardarle con perfección.

Aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar”

(Camino de perfección, 4, 5 y 7)

“¿Qué pensáis, hijas, que es su voluntad? Que seamos del todo perfectas, que para ser unos con él y con el Padre, como su Majestad le pidió (Jn 17, 22), mirad ¡qué nos falta para llegar a esto! Yo os digo que lo estoy escribiendo con harta pena de verme tan lejos, y todo por mi culpa; que no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto, basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo que nos enseñase el camino. No penséis que está la cosa en si se muere mi padre o hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios que no lo sienta, y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y a las veces consiste en discreción, porque no podemos más y hacemos de la necesidad virtud. Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de su Majestad y del prójimo es en lo que hemos de trabajar; guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con él. Mas, ¡qué lejos estamos de hacer como debemos a tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho! (...)

La más cierta señal que -a mi parecer hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que, mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que su Majestad nos tiene que, en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos a su Majestad por mil maneras; en esto yo no puedo dudar.”

(Moradas, V 3, 7-8)

Desprendimiento

“Ahora vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfección. Aquí, digo, está el todo, porque abrazándonos con sólo el Criador y no se nos dando nada por todo lo criado, su Majestad infunde de manera las virtudes que,

trabajando nosotros poco a poco lo que es en nosotros, no tendremos mucho más que pelear.

¿Pensáis, hermanas, que es poco bien procurar este bien de darnos todas al Todo sin hacernos partes?”

(*Camino de perfección*, 8,1)

“No consintamos, ¡oh hermanas!, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre”

(*Camino de perfección*, 4, 8)

“Todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador y poner nuestra voluntad en la suya y desasirnos de las criaturas (...). Porque nos disponemos para que, con mucha brevedad, nos veamos acabado de andar el camino y bebiendo del agua viva de la fuente que queda dicha.(...)

Y en esto, como ya tengo escrito, ninguna cosa hacemos de nuestra parte, ni trabajamos, ni negociamos, ni es menester más de decir: «fiat voluntas tua»: cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que vos, Señor mío, quisieréis (...), sino que me hagáis vos merced de darme vuestro reino para que yo lo pueda hacer, pues él me le pidió, y disponed en mí como en cosa vuestra conforme a vuestra voluntad.

(...) Y mientras más se va entendiendo por las obras que no son palabras de cumplimiento, más, más nos llega el Señor a sí y la levanta de todas las cosas de acá y de sí misma para habilitarla a recibir grandes mercedes”.

(*Camino de Perfección*, 32, 9-12)

Humildad es andar en verdad

“¡Oh, válgame Dios, qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas. Tengamos delante nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos santos padres de donde descendimos, que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios”.

(*Fundaciones*, 14, 4)

“Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad y púsoseme delante –a mi parecer–, sin considerarlo sino de presto, esto: que es porque Dios es suma Verdad y la humildad es andar en verdad”.

(*Moradas VI*, 10,7)

“Pues guardaos también, hijas, de unas “humildades” que pone el demonio con gran inquietud de la gravedad de nuestros pecados, que suele apretar aquí de muchas maneras, hasta apartarse de las comuniones y de tener oración particular (por no lo merecer, les pone el demonio). Llega la cosa a término de hacer parecer a un alma, que por ser tal, la tiene Dios tan dejada que casi pone duda en su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata y sin fruto lo que sirve, por bueno que sea. Dale una desconfianza, que se le caen los brazos para hacer ningún bien, porque le parece que lo que es en los otros, en ella es mal.

La humildad no inquieta ni desasosiega ni alborota el alma, por grande que sea; sino viene con paz y regalo y sosiego, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad

en sí y contento, que no querríamos vernos sin ella. No alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir más a Dios.

Cuando así os hallareis, atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudiereis y ponedle en la misericordia de Dios y en lo que nos ama y padeció por nosotros”.

(Camino de Perfección, 39, 1-3)

“¡Oh Señor!, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en vos, que si no mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropiezos y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino. Parece que nunca se anduvo, según se nos hace nuevo.

Dios nos libre, hermanas, cuando algo hiciéremos no perfecto, decir: “no somos ángeles”, “no somos santas”; mirad que, aunque no lo somos, es gran bien pensar, si nos esforzamos, lo podríamos ser, dándonos Dios la mano; y no hayáis miedo que quede por él, si no queda por nosotras. Y pues no venimos aquí [a] otra cosa, “manos a [la] labor” -como dicen;-no entendamos cosa en que se sirve más el Señor, que no presumamos salir con ella con su favor. Esta presunción querría yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad: tener una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes y no aceptador de personas (Ef 6, 9)”.

(Camino de perfección, 16, 7-8)

Determinada determinación

“No os espantéis, hijas, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Gánase yendo por él gran tesoro; no es mucho que cueste mucho a nuestro parecer. Tiempo vendrá que se entienda cuán nonada es todo para tan gran precio.

Ahora, tornando a los que quieren ir por él y no parar hasta el fin, que es llegar a beber de esta agua de vida, cómo han de comenzar, digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájase lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo; como muchas veces acaece con decirnos: “hay peligros”...

Mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia y humildad, menosprecio de todas las cosas del mundo y creer firmemente lo que tiene la Madre santa Iglesia, y a buen seguro que vais buen camino”.

(Camino de Perfección, 21, 1-2.10)

Amigos fuertes de Dios

“En estos tiempos que son menester amigos fuertes de Dios”

(Vida, 15, 5)

“Y tened por cierto que nunca dejará el Señor a sus amadores cuando por sólo Él se aventuran”

(Meditaciones sobre los Cantares, 3, 7)

“Ahora comenzamos, y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor”

(Fundaciones, cap. 29, 32)

No hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y, como hagamos lo que pudiéremos, hará su Majestad que vayamos pudiendo cada día más

(*Moradas VII, 4, 15*)

“Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y, si fuere menester, lo ayunes porque ella lo coma; no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Ésta es la verdadera unión con su voluntad; y que si vieres loar mucho a una persona, te alegres más mucho que si te loasen a ti”.

(*Moradas V, 3,11*)

Hacerse espaldas

“Aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo. Es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones. ¡Cuánto más que hay muchas más ganancias! Y no sé yo por qué (...) no se ha de permitir que quien comencare de veras a amar a Dios y a servirle deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración”.

(...) porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros los que le sirven para ir adelante

(*Vida, 7, 20 y 22*).

“Está todo el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios”

(*Vida, 23,4*)

El castillo interior

Ya sabéis que Dios está en todas partes. Pues claro está que adonde está el rey, allí dicen está la corte; en fin, que adonde está Dios es el cielo. Sin duda lo podéis creer, que adonde está su Majestad está toda la gloria. Pues mirad que dice san Agustín que le buscaba en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí mismo.

¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con él, ni ha menester hablar a voces? Por paso [bajo] que hable, está tan cerca que nos oirá; ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tan buen huésped; sino con gran humildad hablarle como a Padre, pedirle como a Padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija.

Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que le hizo y la tierra, y acostumbrar a no mirar ni estar adonde se distraigan estos sentidos exteriores, crea que lleva excelente camino, y que no dejará de llegar a beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo.

Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor; y que sois vos parte para que este edificio sea tal, como a la verdad es así (que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecen las piedras), y que en este palacio está este gran Rey, que ha tenido por bien ser vuestro Padre, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón.

Todo esto es menester para que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro de nosotras que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos huecas en lo interior. Que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos tenemos tal huésped dentro de nosotras, nos diésemos tanto a las cosas del mundo, porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos. Que si como ahora entiendo que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, que no le dejara tantas veces solo; alguna me estuviera con él y más procurara que no estuviera tan sucia. Mas, ¡qué cosa de tanta admiración, quien llena mil mundos y muy muchos más con su grandeza, encerrarse en una cosa tan pequeña! A la verdad, como es Señor, consigo trae la libertad y, como nos ama, hácese a nuestra medida.

Digo que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio todo. El punto está en que se le demos por suyo con toda determinación, y le desembaracemos [libremos de estorbos] para que pueda poner y quitar como en cosa propia. Y tiene razón su Majestad; no se lo neguemos. Y como él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos; mas no se da a sí del todo hasta que nos damos del todo.

Esto es cosa cierta y, porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces; ni obra en el alma, como cuando del todo, sin estorbos, es suya; ni sé cómo ha de obrar: es amigo de todo concierto. Pues si el palacio henchimos [llenamos] de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de haber el Señor con su corte?

(Camino de Perfección, 28, 2,3,5,9-12)

Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con algún fundamento, que es: considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas (Jn 14, 2); que, si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice él tiene sus deleites (Prov 8, 31). Pues, ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad; y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza (Gen 1, 26). Pues, si esto es como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura de este castillo;

porque, puesto que hay la diferencia de él a Dios que del Criador a la criatura, pues es criatura, basta decir su Majestad que es hecha a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima.

(...) Pues consideremos que este castillo tiene, como he dicho, muchas moradas: unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vais advertidas a esta comparación; quizá será Dios servido pueda por ella daros algo a entender de las mercedes que es Dios servido hacer a las almas y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo hubiere entendido que es posible; que todas será imposible entenderlas nadie, según son muchas

(Las Moradas, 1,1-3)

La bondad de Dios

“Muchas veces he pensado espantada (asombrada) de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia misericordia. Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno. Por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondía; aun en los ojos de quien los ha visto, permite su Majestad se cieguen y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud que el mismo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga”.

(Vida, 4,10)

María

“Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella; y, en fin, me ha tornado a sí”.

(Vida 1, 7)

“Parezcámonos, hijas mías, en algo a la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito traemos”

(Camino de Perfección, 13,3)

“Bien sabe su Majestad que sólo puedo presumir de su misericordia y, ya que no puedo dejar de ser la que he sido, no tengo otro remedio sino llegarme a ella y confiar en los méritos de su Hijo y de la Virgen, madre suya, cuyo hábito indignamente traigo y traéis vosotras. Alabadle, hijas mías, que lo sois de esta Señora verdaderamente, (...) y pues tenéis tan buena madre; imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora y el bien de tenerla por patrona” *(Las Moradas III, 1, 3)*

Su conversión ante Cristo llagado:

“Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle

Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba; que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento, y encomendábame a esta gloriosa santa para que me alcanzase perdón.

Mas esta postrera vez de esta imagen que digo me parece me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme lo dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo, cierto, me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces.

Tenía este modo de oración, que, como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí; y hallábame mejor –a mi parecer– de las partes adonde le veía más solo. Parecíame a mí que estando solo y afligido, como persona necesitada, me había de admitir a mí. De estas simplicidades tenía muchas; en especial me hallaba muy bien en la oración del huerto; allí era mi acompañarle; pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido; si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor.

(...)En este tiempo me dieron las *Confesiones* de san Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a san Agustín, porque el monasterio adonde estuve seglar era de su orden y también por haber sido pecador; que en los santos, que después de serlo, el Señor tornó a sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y que como los había el Señor perdonado podía hacer a mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho: que a ellos sola una vez los había el Señor llamado y no tornaban a caer, y a mí eran ya tantas, que esto me fatigaba. Mas, considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme, que de su misericordia jamás desconfié; de mí, muchas veces.

¡Oh, válgame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuán atada me veía para no me determinar a darme del todo a Dios.

Como comencé a leer las *Confesiones*, paréceme me veía yo allí; comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión y leía cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón; estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí misma con gran aflicción y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válgame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento. Sea Dios alabado, que me dio vida para salir de muerte tan mortal. Paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oír mis

clamores y haber lástima de tantas lágrimas. Comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con él y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque, quitadas, luego me volvía a amar a su Majestad; que bien entendía yo –a mi parecer– le amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras a Dios, como lo había de entender.

No me parece acababa yo de disponerme a quererle servir, cuando su Majestad me comenzaba a tornar a regalar”.

(*Vida*, 9, 1-4.7-9)

Fundaciones

“No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que venía vez no cesarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas; porque, gloria a Dios, de ordinario es tener yo poca salud, sino que veía claro que nuestro Señor me daba esfuerzo; porque me acaecía algunas veces que se trataba de fundación, hallarme con tantos males y dolores, que yo me congojaba mucho, porque me parecía que aun para estar en la celda sin acostarme no estaba, y tornarme a nuestro Señor, quejándome a su Majestad, y diciéndole que cómo quería hiciese lo que no podía, y después, aunque con trabajo, su Majestad daba fuerzas, y con el hervor que me ponía y el cuidado parece que me olvidaba de mí.

A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción. Mas, en comenzándolos a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar el Señor y haber Santísimo Sacramento”

(*Fundaciones*, 18, 4 y 5)

Últimas palabras

“pidió el Santísimo Sacramento, y estaba ya tan mala, que no se podía revolver en la cama. ... acertó a llegar el Santísimo Sacramento, y con estar tan rendida se levantó en cima de la cama, de rodillas..., y poniéndosele el rostro con gran hermosura y resplandor..., dijo al Señor cosas tan altas y divinas, que a todas ponía gran devoción. Entre otras dijo: ¡Señor mío y esposo mío!, ya es llegada la hora deseada, tiempos es ya que nos veamos, amado mío y Señor mío; ya es tiempo de caminar, vamos muy en hora buena; cúmplase vuestra voluntad, Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro, y mi alma goce de vos que tanto ha deseado”.

Solía decir: “Señor, soy hija de la Iglesia”, le pedía perdón por sus muchos pecados y decía: “por la sangre de Jesucristo he de ser salvada”.

(Relato de Ana de S. Bartolomé)